

¡YO CREO EN LA ESPERANZA! (1)

- ◆ **"Mis amigos me han pedido que explique cómo vivo yo mi fe cristiana. Me ha parecido que no podía negarme a este deseo. Un cristiano debe estar dispuesto siempre a dar razón de su fe. Y esto públicamente.**
- ◆ **Hoy hay, entre los creyentes, una crisis de fe. Esto hace necesario que los que creemos nos atrevamos a exponer con absoluta sinceridad cuál ha sido el itinerario de nuestra fe y cómo es hoy nuestra fe.**
- ◆ **Sólo en este diálogo sincero de fe podremos ayudarnos a ir adelante. Si alguno encuentra que a él mi modo de vivir la fe no le ayuda, que deje de lado este libro. Y si es grande su caridad, que ruegue por mí a Dios.**

(1) DIEZ ALEGRÍA, JOSE MARIA:

"Yo creo en la Esperanza"
 Editorial española Desclée de
 Brouwer. Bilbao 1972.

La prensa mundial y también la venezolana dedicó grandes titulares al libro del P. Díez-Alegría. "Yo creo en la Esperanza". Las agencias resaltaron el reconocimiento que hace el jesuita del aporte marxista y la relativización del celibato. Después callaron. Otras noticias ofrecían nuevas sensaciones...

Sin duda el libro de Díez-Alegría resultará sensacional para el que lo lea entero, no por las supuestas ideas heréticas, sino porque nos encontramos con un cristiano, con un sacerdote que da cuenta de su fe al hombre de la calle. No da doctrina, no dice lo que "se debe" decir, lo que le corresponde a un funcionario fiel, sino lo que vive. No nos enseña lo que es el "cristianismo", la fe, el dogma hecho libro, código y ley. Jamás ha sido el cristianismo luz por sus doctrinas sino por los hombres poseídos del espíritu de Jesús que los hace libres para vivir la verdad y para decirla.

Se trata de un libro pequeño y, a pesar de la indudable profundidad de muchas de sus páginas, es sencillo, vital. Es un libro que hay que leerlo desde la vida, desde la comunicación, desde el amor. No desde la ley y el derecho canónico. La mirada inquisitorial del lector matará toda la esperanza que late en él.

Hoy la gente pide de los cristianos una absoluta sinceridad. Nos la pedimos los cristianos unos a otros. Quiénes conocemos a Díez-Alegría sabemos que la absoluta franqueza ha sido uno de sus rasgos personales que ni siquiera la alta cátedra de la Universidad Gregoriana le hizo perder. La libertad de espíritu en un mundo clerical donde se imponen los "buenos modales" religiosos y en un mundo secular donde reina la simulación y el soborno es un verdadero tesoro escondido.

Díez-Alegría recorre en estas páginas su itinerario personal desde una fe adolescente y un tanto vuelta al encuentro de su "yo", hasta la apertura del hombre que, perdido en la lucha de la humanidad por su liberación, encuentra su vida. Esta apertura se produce gracias a un reencuentro con la historia y con Jesús de Nazaret y una total reinterpretación del catolicismo "corriente" de los últimos siglos.

Una crisis de fe tenida en los primeros años de vida religiosa le lleva a la conversión, a la salida de sí mismo para encontrarse en la persona "en quien cree". "Desde la crisis

de fe, a que me estoy refiriendo, yo empecé conscientemente a "creer en Jesucristo". (p. 13). "La fe, tal como yo la he vivido desde entonces, es ante todo "liberación". Liberación ante todo lo humano, incluso lo eclesiástico, lo "religioso institucionalizado". Libertad de espíritu para afrontar, en su propio plano, la problemática histórica, filosófica y científica, sin ningún tipo de prejuicios". (p. 14).

Dios, para llegar al corazón de la Humanidad y florecer en él como esperanza, no necesita de nuestras mentiras, ni de nuestras ignorancias mantenidas.

Una vez abierto a esta libertad, Díez-Alegría escucha con franqueza las preguntas, a veces duras, que la ciencia y la historia hacen al cristianismo tal como lo vivimos los católicos. Su especialización en la ética-social lo lleva a estudiar con particular énfasis la problemática del marxismo, de la propiedad privada, y de las identificaciones sociales de la Iglesia institucional y sus proclamaciones doctrinales relativas a la justicia social. Con la seguridad puesta en Cristo se deja sacudir con fuerza y escucha sin escamotearlas las tremendas preguntas que los intelectuales y los obreros nos hacen a los cristianos: ¿Qué han hecho con la "buena novedad" de los pobres, de los oprimidos, de los sin esperanza? ¿Qué ha sido del Evangelio que ponía a los poderosos y ricos en la alternativa de cambiar la vida devolviendo lo robado, de dejar el poder en cuanto dominación del hombre o separarse de Jesús?

El Evangelio ilumina la Historia en la medida en que los cristianos dejamos de ser agentes etéreos de verdades eternas y bajamos a la arena concreta donde se debaten los gozos y esperanzas de los hombres para dejarnos interpelar por esa historia concreta de la dominación del hombre por el hombre y la lucha de los oprimidos por su liberación. Si en esa lucha no tenemos nada que decir y que hacer, hemos perdido el derecho de palabra y aun de existencia como cristianos. La flecha que apunta la esperanza de la humanidad pasa por el encuentro con el hermano, nos dice Jesús. La historia nos señala las ataduras y los condicionantes de este encuentro con el hermano y nos aporta los materiales de construcción de una sociedad nueva.

LA ESPERANZA: NUEVA TIERRA Y NUEVO CIELO

En la secular lucha de la humanidad por la liberación, por el logro del hombre nuevo que todavía no somos pero que lo intuimos como nuestra propia posibilidad plena, Cristo es la esperanza.

"El Cristo misterioso, Jesús muerto y resucitado, es ocultamente, porque permanece en el misterio del Padre, una garantía de que la lucha tiene "sentido" y da su "sentido" a la historia. Es decir, no sólo tiene sentido en la existencia del que, por amor, se compromete en la lucha contra la opresión (la injusticia), sino que tiene sentido en la historia y respecto a la marcha de la historia (...). Esta lucha, con todas sus complejidades históricas, con sus incertidumbres, sus riesgos y sus temporales retrocesos, es un dinamismo en marcha hacia el fin, hacia la venida de Jesús, que será la consumación y el triunfo definitivo." (p. 114).

"Yo creo en esta esperanza. Y para proclamar mi fe en esta esperanza, escribo este libro."

Contra todos los que, fuera y dentro de la Iglesia, se esfuerzan en convencernos de que hay que renunciar a la esperanza en nombre de la prudencia o de la sensatez o de la ciencia o, tal vez, del "espíritu sobrenatural", que sería como decir: "en nombre de Dios". (p. 114).

Qué irrisión! (p. 114).

CELIBATO SACERDOTAL Y MORAL SEXUAL

Uno de los puntos que ha sido tomado por las agencias de prensa como elemento sensacional es el referente al celibato sacerdotal y la moral sexual. No vale la pena dedicarle mucho tiempo a este punto pues el enfoque del P. Díez-Alegría es muy común en los centros de reflexión teológica, aunque no tan general como fuera de desear en los formadores de conciencias cristianas. Su enfoque orientado hacia una moral de "principios" y no una moral de "proposiciones", como se ha vivido, pertenece ya a la reflexión familiar de los principales teólogos católicos, aunque no a la mayoría de los sacerdotes y de los cristianos.

En este capítulo como en otros el aporte principal es el testimonio sincero y valiente de un hombre que más que defender el celibato, lo vive con sentido.

Aboga por la separación entre sacerdocio y celibato para abrir así la posibilidad de sacerdotes celibatarios y sacerdotes casados.

CAPITULO ABIERTO

Díez-Alegría nos ha comunicado con gran sinceridad y libertad la biografía de su fe. En ella además de los condicionantes usuales en un sacerdote y profesor universitario han influido en forma estimulante otros hombres.

"De los 44 a los 59 años he convivido con obreros, he dormido en chavolas, he compartido dormitorios de literas con jóvenes trabajadores. Nos hemos sentido hermanos. He aprendido de los obreros. Como he aprendido de los jóvenes universitarios. Y de los incrédulos abiertos al amor a los hombres. Y de los "cristianos progresistas." (p. 195).

Vendrán los críticos y los exegetas del contenido del libro. Pero el libro sin el hombre es letra muerta. Su fe ha sido comunicada y sólo puede ser recibida con la misma sinceridad y búsqueda de la verdad evangélica. No es un libro para pedir adhesiones fáciles, sino para suscitar reacciones purificadoras. No dudamos de que leído así será luz para muchos hombres, incluso para aquellos que estén en desacuerdo.

En Europa el debate puede tomar rasgos tensos y es muy probable que la pasión circunstancial ahogue la reflexión

Díez-Alegría vive en una época y en grupos donde la permanencia en la Iglesia Católica no es un hecho evidente, algo que nos viene dado por el ambiente. Hoy para ser cristianos adultos hay que ser "convertidos" en el sentido de haber encontrado la fe más allá y a través de la crisis de lo que recibimos por mera herencia cultural. Por eso cuando le preguntan sobre su permanencia en la Iglesia Católica, — ella es la piedra de escándalo para muchos adultos que creen en Jesucristo—, responde:

"Perteneciendo a la Iglesia Católica Romana, en actitud activa (autocrítica y eclesial), a la luz de la fe personal, vivida en Jesucristo y del espíritu del Evangelio, yo me esfuerzo por permanecer en la Iglesia de Cristo." (p. 142).

Prevé las dificultades que esa actitud crea en toda institución y las reacciones que puede provocar en la Jerarquía, pero, con razón, considera que la fe no le permite callarse. A este propósito cita un texto muy iluminador de San Agustín:

"Permite también con frecuencia la divina providencia que también hombres buenos sean echados de la congregación cristiana por una tempestuosa oposición de hombres demasiado carnales." (San Agustín "De vera religione" 6, 11. Citado p. 142).

"Porque, si se parte de la idea de que celibato es sinónimo de perfección y matrimonio sinónimo de imperfección, se confunde la llamada a la perfección (a una generosa aceptación del Evangelio) como la llamada al celibato por el Reino de Dios." (p. 168).

Afirma con toda razón que el celibato sin "carisma es una cosa para volverse locos." (p. 169). Esto lo resaltaron los periodistas. Por lo visto les resultó menos sensacional la conclusión del jesuita al final de capítulo:

"Llevar adelante el celibato por el Reino de Dios, cuando se tiene el "carisma" que lo hace posible, es una hermosa experiencia. Es un don. Yo estoy contento con él. No tengo envidia a los casados. Y creo que ellos no deben tener envidia de mí." (p. 189).

sincera. Nosotros estamos en situación privilegiada para una lectura más serena. Pensamos que este libro podrá ser una luz para aquellos ateos "cristianos" que viven la experiencia profunda de la trascendencia humana y buscan el sentido de su lucha. No será menos provechoso para tantos cristianos, que han vivido experiencias similares a las del autor y se encuentran huérfanos al margen de la Iglesia porque un día se sintieron profundamente ajenos al perfil sociológico de la religión vigente en templos y curias. En ellos el libro podrá despertar esperanza. Para otros cristianos sinceros este libro parecerá disolvente.

De nuestra parte agradecemos al autor esta manifestación de fe y esta llamada a la conversión que purifica a los cristianos. También en Venezuela necesitamos una reflexión sincera. Díez-Alegría ha tenido que pagar un alto precio personal, pero la fe cristiana es más fuerte que los cálculos del mercader de conveniencias. "Feliz el hombre que no actúa en contra de su conciencia al tomar alguna decisión". (Pablo. Carta a los romanos 14, 23).